

Javier Somalo y Mario Noya

prólogo de JAVIER RUBIO

epílogo de CÉSAR VIDAL

POR QUÉ DEJÉ DE SER DE IZQUIERDAS

FEDERICO JIMÉNEZ LOSANTOS
CRISTINA LOSADA PÍO MOA
CARLOS SEMPRÚN JUAN CARLOS
GIRAUTA JOSÉ MARÍA MARCO
AMANDO DE MIGUEL PEDRO DE
TENA HORACIO VÁZQUEZ-RIAL
JOSÉ GARCÍA DOMÍNGUEZ

Federico Jiménez Losantos, Pío Moa, Amando de Miguel, Javier Rubio, José María Marco, y otras grandes figuras mediáticas juntas, en un solo libro, hablando de su evolución ideológica y revelando succulentos detalles de sus biografías.

Son 10 entrevistas-testimonios, de los periodistas que hoy representan un fuerte polo de opinión en España, en torno a dos influyentes medios de comunicación: COPE y Libertad Digital. ¿Cómo se explica que muchos de los mejores periodistas e intelectuales que hoy, en España, representan a la opinión pública de derechas, fueran fervientes militantes de la extrema izquierda en su juventud?

Primeros espadas de la talla de Federico Jiménez Losantos, Pío Moa o Amando de Miguel se confiesan en este libro con Javier Somalo, director de Libertad Digital, para desvelar esta apasionante y —en no pocas ocasiones— arriesgada evolución biográfica e ideológica.

Prólogo testimonial

Este libro recoge los testimonios de diez publicistas sobre una experiencia común: haber sido de izquierdas en el pasado y ser ahora muy críticos y beligerantes con sus, más o menos, antiguos compañeros en el credo revolucionario. Las fechas de nacimiento de los interrogados abarcan treinta años y, no sólo por eso, son muy distintos el momento y el grado de adhesión a la causa — desde el revolucionario profesional al simpatizante, compañero de viaje, o simple votante—, así como las circunstancias del abandono de la fe perdida y la toma de posición pública contraria.

El objetivo del libro, hasta donde se me alcanza, no reposa tanto en la importancia intrínseca de las confesiones o autocríticas —aunque no más sea por las resonancias estremecedoras de los términos— de los errores cometidos en el pasado por diez personajes más o menos notorios por sus opiniones en la prensa, sino en resaltar cómo experiencias vitales muy distintas les han conducido a un punto de encuentro virtual: *Libertad Digital*, el noticiero en internet fundado por Federico Jiménez Losantos (FJL) en 2000, y que este prologuista ha dirigido durante sus primeros ocho años de existencia. El impulsor y editor del proyecto es el actual director, Javier Somalo, auxiliado por el responsable de los suplementos semanales, Mario Noya.

Libertad Digital es desde hace cinco años el medio de información en internet más visitado entre los que sólo se

publican en la red. Al margen de sus peculiaridades técnicas, su característica más notoria es la línea editorial e informativa, muy clara en los siguientes puntos: defensa de la economía de mercado, elogio del Estado de derecho, la separación de poderes y el gobierno mínimo; respeto por los valores tradicionales que definen la civilización occidental y exaltación, sin exaltarse más que lo imprescindible, frente a los nacionalismos separatistas, del concepto de España como garantía de derechos ciudadanos. La coincidencia en esos pilares ideológicos es el común denominador de los autores aquí interrogados. *Libertad Digital* fue impulsada por un grupo de escritores y periodistas que se unieron para lanzar una alternativa a la miseria del pensamiento progre dominante y ante la pereza a intervenir en el frente de las ideas de los aspirantes a gobernar en su nombre. Al proyecto se fueron sumando otros autores que compartían en su mayor parte el ideario común mínimo.

Para abreviar, sin entrar en sutilezas, podríamos llamarles neoconservadores, aunque ni lo sean en puridad ni ninguno de ellos se reconozca en esa etiqueta plenamente. Con un torpe juego de palabras, para que fueran neoconservadores, tendrían que ser más conservadores. No lo son porque creen que el peso del aparato administrativo y la promiscuidad de los poderes deben estar bajo vigilancia constante; no lo son porque creen que hay que rectificar la organización del Estado primando lo que significa España frente al desarrollo autonómico que la debilita; no lo son porque piensan que hay que devolver a la iniciativa y decisión del ciudadano territorios usurpados por el aparato público, entre ellos la educación, la salud o la industria de la cultura. Son conservadores en el sentido de que creen que no es preciso perfeccionar lo que funciona bien; lo son en el terreno histórico frente al progresismo negativo de la leyenda negra, heredero del materialismo histórico; lo son frente al imperativo militante, intransigente, de la laicidad, con la que el Estado (y sus profesionales, la clase política)

aspira a arrebatar más parcelas a la iniciativa de los ciudadanos. Todo ello, como diría César Vidal, dicho sin ánimo de ser exhaustivos.

Una respuesta de gran interés para la mayoría de estos testigos es en qué año votó por primera vez al PP. Cambiando de tercio, y dado que el compromiso del prólogo lleva incluido el de mi propio testimonio, yo lo hice en el 89, por exclusión del resto de las fuerzas y como mal menor, tras el fracaso de la Operación Roca en el 86. Federico nos había presentado a Aznar en una comida en la que también conoció a Valentí Puig, cuando los tres trabajábamos para el *ABC* de Anson, 89 ó 90. Hacía tiempo que no trataba con políticos y me pareció que con aquel tenía más cosas en común que diferencias. En el 93 voté al PP convencido de que era la alternativa precisa. Durante la legislatura pasada en la oposición, el liderazgo de Aznar había madurado y, de llegar al gobierno, parecía dispuesto a hacer reformas en la estela de los grandes héroes políticos de la década: Ronald Reagan y Margaret Thatcher, a los que admiraba sin disimulo. Federico Jiménez Losantos ya era para entonces uno de los más influyentes columnistas de la prensa española. Liberal confeso, había abandonado *Diario 16*, en el que era editorialista y jefe de opinión, en desacuerdo con la línea del periódico ante el referéndum sobre la OTAN de Felipe González, para incorporarse al *ABC* dirigido por Luis María Anson.

Dicho para quien no lo sepa y pudiera interesarle, mis circunstancias son muy cercanas a las de FJL, por haber compartido empeños, lecturas y horas de reflexión en común durante más de treinta años de amistad. Él lo ha contado en alguno de sus libros y yo no lo haría mejor, aunque algunos pasajes de sus evocaciones refuerzan la convicción de aficionado al género biográfico según la cual los testimonios directos acostumbra a ser poco objetivos.

Apenas nos conocimos en Zaragoza, donde coincidimos en los cursos comunes de Filosofía y Letras, más allá de

vernos por los pasillos de la facultad o en los bares y las compartidas aficiones literarias. Recién llegado de Teruel, donde había tenido como profesores a un grupo de progres inteligentes, al llegar a Zaragoza, el PCE pronto vio en él a un buen colaborador —listo, simpático y elocuente— y como tal lo utilizó durante algún tiempo. Mi currículum era otro. Algunos de mis amigos de entonces eran madrileños, enviados por sus padres a Zaragoza para que aprovecharan más en una universidad menos agitada. Eran más cosmopolitas y radicales que la media, admiradores de las narraciones míticas de mayo del 68, con sus promesas de una vida plena de emociones situacionistas, buscadores obstinados, otra cosa es que lo lograran, del placer sexual como fuente inagotable de salud mental, siguiendo las enseñanzas del profeta del orgón, el autor de *La función del orgasmo*, Wilhelm Reich. Participábamos en el movimiento estudiantil yendo a las asambleas sin respetar las reglas de los comunistas, que nos consideraban infantilistas, perturbadores del adoctrinamiento suave de aquellos a quienes querían captar para su órbita. De fondo, música de rock & roll y más alcohol que drogas.

La sensación subjetiva más intensa que me devuelven aquellos años de juventud es la de provisionalidad, la de estar viviendo en circunstancias excepcionales, una especie de tiempo muerto atenuante de la responsabilidad. Todo lo parecía en la década que comienza, más o menos, en 1969 y sobre la que me voy a extender. Aquella sensación se acentuaba al coincidir con la metamorfosis que experimentan los humanos en esa edad y que se prolonga en los que aplazan su incorporación al mercado laboral para mejorar su preparación intelectual. Además, el recuerdo de mi toma de conciencia política crítica se remonta al estado de excepción de 1969, estudiando preuniversitario. Algunos de mis amigos recientes se vieron obligados a desaparecer de la vida pública. Unos meses después, me preparé para testificar, en falso, a favor de un compañero al que acusaban

de haber participado en el maltrato del rector en una de las algaradas que habían originado aquella medida, en la que ambos habíamos participado (llevaba el caso un tal Sainz de Varanda, luego alcalde de Zaragoza, no de los mejores).

Vivimos aquellos años como una situación anómala, pensando que algo tenía que ocurrir —para bien o para mal, la amenaza de involución también contaba—, que de un momento a otro podían cambiar nuestras vidas. Vivíamos en el tardofranquismo, cuando el régimen del generalísimo no sabía muy bien cómo afrontar la contestación, escasa pero ruidosa, a la que se enfrentaba precisamente cuando sus éxitos en el plano económico eran más patentes. La evidente mejora en las condiciones de vida de los españoles —gracias a la cual, entre otras cosas, muchos habíamos accedido con facilidad a una universidad que empezaba a estar masificada— chocaba con el catastrofismo de los análisis políticos de los comunistas convocando a la Huelga General Política con el éxito conocido. Pero ya se sabe que la razón no puede con la fe intensa. El franquismo estaba agotado y el asesinato de Carrero Blanco aumentó la incertidumbre en unos y la esperanza en otros. Arias Navarro no lo pudo hacer peor. Todo estaba cambiando, hasta Portugal y Grecia.

Dos apuntes anecdóticos: el magnicidio me coge en el Centro de Instrucción de Reclutas n.º 10 de Zaragoza, unos días antes de jurar bandera, muy cerca de Navidad. El capitán de la compañía —el mismo que se me quedó mirando sin saber muy bien qué hacer el día que en un registro se topó en mi taquilla con un libro titulado *La dialéctica del amo y el esclavo en Hegel*—, nos dio una charla extraordinaria, de hecho no habíamos recibido otra como aquella, poniéndonos alerta de las acechanzas de los enemigos del régimen, que buscaban información de los soldados mediante todo tipo de artimañas. También recuerdo la muy, muy deprimente sensación que me produjo unos meses después escuchar al nuevo presidente del gobierno, Arias

Navarro, en la televisión de la cantina del cuartel, anunciando el llamado espíritu de febrero. Aquello no podía durar, era evidente. Un generalísimo en decadencia física acelerada, un presidente sin saber qué hacer y un número creciente de ciudadanos intentando situarse de cara a lo inevitable, fuera lo que fuese. La transición estaba cerca.

Para entonces nuestra sofisticación y pedantería eran mayores. Con Federico, matriculado en Barcelona, y otros amigos, nos habíamos constituido en seguidores y exégetas de un engendro parisino que se llamaba *Tel Quel*, tal cual. Éramos marxistas a lo Althusser, freudianos a lo Lacan, semiólogos a lo Kristeva y admiradores de la verborrea incontenible de un novelista llamado Phillippe Sollers, el director de la revista, entonces defensor entusiasta de la revolución cultural china. Nostra culpa.

Tomando pie en el título del libro de Paul Veyne (¿Creyeron lo griegos en sus mitos?), nos trasladamos la pregunta: ¿Cómo creíamos en aquellas ideas? Pero ni el relato pormenorizado de aquellos años ni la teología de la revolución estimulan a responder. ¿Cómo se hace uno de izquierdas? Con naturalidad, sin encontrar apenas obstáculos racionales. La revolución en aquellos años volvía a tener buena prensa. Fuera lo que fuera, parecía, más que necesaria, inevitable. Todas las evidencias señalaban en aquella dirección. De la noche a la mañana, abandonabas las enseñanzas recibidas en casa, en el colegio, en la Acción Católica, los Boy Scouts o el Frente de Juventudes y era como si, soltando lastre, te lanzaras por un tobogán. Bastaba con dejarse llevar. En poco tiempo, se abandonaba todo aquello que nos separaba del mal salvaje para tomar al bueno como modelo.

Con la intención de escribir algo más que un prólogo de circunstancias, he ojeado varios libros en busca de inspiración y ayuda-memoria. En uno de ellos, *El olvido de la razón*, de Juan José Lebreli, me he vuelto a encontrar con algunos de los héroes y modelos de mi adolescencia y juven-

tud (soy del 52, con aficiones tempranas, como queda dicho): Nietzsche, como antepasado cuyos escritos seguían siendo una especie de elixir de la autoestima intelectual; Freud, que prometía una explicación tan oculta como difusa para casi todo, empezando por la tribulaciones propias de la edad; Bataille, el profeta gris oscuro, empeñado en redimir estéticamente la trascendencia con materiales de desecho, entrando en la apología del crimen; Althusser, Lacan, Foucault, *Tel Quel*, etcétera.

Ha sido una visita rápida, incómoda, pero amena, una experiencia semejante a la de quien recupera la biblioteca depositada en un trastero veinte años antes y al abrir las cajas, pasa la vista por las cubiertas de los libros, las reconoce, recuerda el empeño que puso en conseguirlos (entonces era mucho más laborioso obtener información) y las ilusiones perdidas que en ellos depositó. Se vuelve a colocarlos en las estanterías más inaccesibles, antesala melancólica del olvido, con la certeza de que en lo que nos queda de vida no hallaremos ya momento para reconciliarnos con ellos ni ganas siquiera de intentarlo. Tiempo perdido, el dedicado a inventariar las pasiones intelectuales fallidas. Cada uno es tan responsable de las ideas en las que en un día abrevó su iniciación intelectual como de la familia y el momento en los que, por suerte o por desgracia, se nos trajo al mundo.

Los habrá que pensarán que el haber cambiado de ideas no merece prima frente a quienes, según dicen, siempre han pensado lo mismo o siempre han tenido claro el lugar de la bancada en el que se sentarían. La utilidad de la parábola del hijo pródigo es limitada, pero tampoco está de más recordarla. Lo tortuoso del sendero que conduce al buen sentido no da más ventaja que la de quedar, en el mejor de los casos, vacunado.

Abandonamos la militancia en el comunismo light de Carrillo y López Raimundo antes de las primeras elecciones de 1977. Vivíamos, como todo el mundo, sobresaltados

por los acontecimientos, vagamente socialistas, mientras seguíamos tratando de ganarnos la vida y encontrar el lugar perdido en el mundo de las ideas. Es mucho más fácil hacerse de izquierdas que dejar de serlo. No se logra de la noche a la mañana, como queda claro en todos los testimonios aquí recogidos.

Además de abandonar la militancia política, también cambié de oficio. Unos meses después de volver de Venecia, en cuya Bienal, por deferencia del PCE que la organizaba, había participado con mis compañeros de aventura, decidí abandonar una incipiente carrera como pintor de vanguardia para dedicarme a la crítica de arte, que seguí simultaneando, como de costumbre, con trabajos editoriales. Pronto empecé a colaborar en *El País*, donde estuve un par de años. También para *El Noticiero Universal*, donde Rafael Santos Torroella, al jubilarse, pretendió que continuara su reconocida tarea como editor de un suplemento memorable, pero no fue posible. Con la transición, los ambientes artísticos se habían convertido en una especie de balsa de aceite, de la que todo el mundo esperaba una floración repentina por haber desaparecido las trabas que a la creación artística oponía la represión política. De la glosa del contexto político, se pasaba a hacer hincapié en los factores personales, del movimiento a la singularidad. El genio se explicaba en la medida en que se apartaba del espíritu del tiempo, de la tendencia del grupo.

El asunto más debatido en aquel momento era el papel desempeñado por los artistas norteamericanos de la posguerra como continuadores del impulso vanguardista del París de entreguerras. Nueva York había pasado en la segunda mitad de los años 40 a ser el centro mundial del arte progresista. Traduje y prologué el libro de Marcelin Pleynet, secretario de redacción de *Tel Quel*, *La enseñanza de la pintura*. Pero para entonces los modelos intelectuales ya eran otros, como Clement Greenberg o Harold Rosenberg, los críticos norteamericanos de la *Partisan Review*, que ha-

bían convencido a sus compatriotas de la importancia de los expresionistas abstractos. En cuanto a la teoría del arte, recuerdo la confianza depositada en Ernst H. Gombrich, el historiador vienés instalado en Londres antes de la guerra. Su *Historia del arte*, que siempre he recomendado como la mejor obra de iniciación, sigue siendo un vivero de sugerencias. En sus *Meditaciones sobre un caballo de juguete* encontré fundamentos sólidos para criticar el historicismo, el psicologismo y la sociología del arte. Fue mi maestro más duradero. Por Gombrich, años más tarde, llegué a Popper y Hayek, de los que había sido compañero en Viena, y con los que compartía su defensa de la sociedad abierta.

Entre aventuras políticas y culturales —editamos dos números de Trama, una revista de pintura, y mantuvimos durante varios años Diwan, una publicación literaria y de ideas trimestral de notable calidad—, no dejábamos de leer. Un autor al que dediqué muchas horas es Josep Pla, el mejor prosista catalán del siglo xx. Me fascinó su narración de los primeros días de la república en Madrid, satirizando los aspectos más ridículos del entusiasmo ciudadano, agitado como un pollo sin cabeza, de aquellos días. En sus biografías, en sus retratos de catalanes notables (homenots), en las reflexiones asistemáticas de sus ensayos (Notas), ofrecía abundantes argumentos favorables a su muy particular escepticismo conservador. Había tenido que abandonar Cataluña en los primeros meses de la guerra civil, amenazado o atemorizado por el descontrol revolucionario. Había pasado la guerra en el extranjero, colaborando con el grupo financiado por Cambó y con los servicios de información nacionales. Había vuelto a Barcelona en 1939 de los primeros y trabajado en La Vanguardia Española durante unos meses, hasta que se convenció de que iban a ser tiempos más difíciles de lo imaginado. Tras redactar una historia de la república muy crítica, hecha con los retazos de sus apuntes de los debates en el Parlamento y que luego no ha sido reeditada, volvió a su pueblo, jubilado a la fuerza de toda

notoriedad pública, para entregarse sin descanso a escribir su obra monumental.

Al margen de que se compartieran sus convicciones, Pla era un buen ejemplo de meditación sobre muchos asuntos del siglo que volvían a interrogarnos en aquellos días. Como un Montaigne redivivo, proponía la defensa en el castillo interior como única alternativa al caos exterior. Su posición frente a la democracia recién instaurada era crítica y sus opiniones calificadas de reaccionarias. Poblet frente a Montserrat, más acorde con el espíritu de concordia del retornado Tarradellas, que con el de sus enemigos, los pujo-listas y el PSC de Raventós.

FJL encontró su vía de salida por el psicoanálisis y la literatura. Leyendo y comentando, entre otros, a los autores sobre los que versan los ensayos más literarios de *Lo que queda de España*, sin perder de vista lo que estaba ocurriendo. Su fama comenzó con los avatares de este libro, uno de cuyos ensayos había sido premiado por la revista *El Viejo Topo*, que luego se negó a publicarlo. En él trataba de alarmar sobre la violación de los derechos de los catalanes castellanohablantes a utilizar su lengua en la Cataluña que se avecinaba y cuyos designios autoritarios, asumidos por la izquierda, ya eran manifiestos. Con el nacionalismo habíamos topado. Entonces como ahora, todo el mundo quería creer que, al margen de su propia experiencia, el problema no existía y que acallando a Pepito Grillo, dejaría de existir.

Tuvimos un primer reencuentro con la política cuando, sin encomendarnos ni a Dios ni al diablo ni contar con más medios que nuestro entusiasmo, intentamos poner en marcha una candidatura unitaria de la emigración para las primeras elecciones al Parlamento catalán que se iban a celebrar en 1980. El primer vehículo que conseguimos, gracias a la generosidad algo atribulada de sus dirigentes de entonces que a duras penas sobrevivían al imparable músculo financiero del PSOE, fue el Partido Socialista de Aragón.

Queríamos asociarlo al propósito de otro partido socialista, el de Andalucía, que contaba con un líder en Cataluña, un tal Acosta, que compartía en lo fundamental el análisis de la situación, así como a un grupo de extremeños. Ya por entonces nos sentíamos muy poco socialistas y la alianza con aquellos partidos era instrumental, porque podían llevar mejor el mensaje a los interesados, en su mayoría de izquierdas. También nos apoyaban a escondidas militantes de la UCD, antiguos izquierdistas, disidentes en este asunto de las tesis de su partido.

Fueron unos meses de trabajo febril, en el que todos nuestros prejuicios fueron puestos a prueba. La izquierda no tenía remedio, pero la derecha no le iba a la zaga. Yo no salí de la sala de calderas por pánico escénico. Federico puso de manifiesto sus dotes oratorias en varios mítines durante su primera y última experiencia política. Algunos de los colaboradores que entonces nos ayudaron, volvimos a verlos cuando Ciudadanos presentó su candidatura al Parlamento catalán más de 25 años después. La de 1980 fue finalmente torpedeada, saliendo beneficiados los andaluces que en solitario obtuvieron dos escaños. Pensamos que, ante un nuevo gatillazo, nuestras relaciones con la política se habían terminado. Volvimos a lo que estábamos sin contar con que no dependía exclusivamente de nosotros.

Nos esperaba todavía un año muy difícil, el peor, 1981. Primero, por aquella ceremonia de la confusión del 23 de febrero, un trabajo de inteligencia en el que ambiciones y propósitos se confunden con la puesta en escena. Es el acontecimiento más perverso de nuestra historia hasta el 11M, 23 años después. Desde el punto de vista de los daños, el 23F fue una obra de arte, ni un rasguño. El 11M fue una chapuza carnicera, con un costo disparatado en vidas y heridos. Con pequeñas lagunas, sabemos razonablemente qué ocurrió en 1981. Mucho menos sabemos del 11M, y lo que se deduce de la sentencia Gómez Bermúdez es simplemente inverosímil. Pero no hay que perder la esperanza.

Volviendo a 1981, lo peor ocurrió en mayo, el mismo día 21. Federico fue raptado a punta de pistola por unos tipos de un grupo terrorista catalanista Terra Lliure, a la salida del instituto en el que daba clase, lo llevaron a un descampado, lo maniataron y lo abandonaron tras dispararle en la rodilla. Gracias a que la compañera de trabajo que había sido secuestrada con él le hizo un torniquete, las secuelas físicas, tras una larga recuperación, por fortuna fueron mínimas, pero las otras se prolongaron. No tardé en hacerme la pregunta: ¿qué hago en esta ciudad a la que vine hace siete años en busca de libertad y ahora tan enferma de hipocresía, en la que no es posible decir lo que piensas sobre nada? Dicho y hecho. Adiós, Barcelona. Al año siguiente, pedí un crédito para pagar la mudanza y me instalé en Madrid, meses después de que lo hiciera FJL.

Terminamos de hacernos liberales ya en Madrid. Popper y Hayek fueron los grandes maestros de aquellos años. *La miseria del historicismo*, *La sociedad abierta y sus enemigos* o *Camino de servidumbre* contenían buena parte de las respuestas que en aquellos momentos precisábamos. La revisión del liberalismo clásico que venía de Viena, donde se había refutado la viabilidad del socialismo varias décadas atrás, tal y como los acontecimientos se estaban encargando de demostrar, ofrecía respuestas contundentes. El éxito y la nueva prosperidad del Reino Unido y de Estados Unidos, por tímidas que fueran las reformas que se habían puesto en marcha lo demostraban. Entre los franceses, Raymond Aron y Jean François Revel aportaban argumentos contundentes periódicamente en la prensa y en sus libros. Aron era la contrafigura de Sartre. Ambos se conocían desde la juventud y nunca dejaron de vigilarse. Sartre había tenido un gran éxito mercantil y de fama, pero Aron había ido demostrando que se había equivocado en casi todo.

Checoslovaquia, Polonia, la situación de los disidentes en la Unión Soviética, sobre los que Solzhenitsyn había arrojado con su obra una luz deslumbrante, fueron minando

la aparente fortaleza del socialismo real, poniendo de manifiesto de manera irrefutable su carácter dictatorial y ruinoso. La aparición de grandes figuras políticas como Margaret Thatcher, Ronald Reagan y el papa Juan Pablo II, recuperaban la iniciativa para los adversarios del socialismo y abrían la esperanza de un nuevo orden basado en la defensa de la propiedad privada y en la economía de mercado, tratando de reparar los excesos intervencionistas de la década pasada. No todo estaba perdido, era posible reaccionar.

La meditación y el debate sobre Cuba ocupó un lugar relevante en nuestro camino de redención. Conservábamos la devoción juvenil por Lezama Lima que nos había contagiado Severo Sarduy y todo lo que sabíamos de sus padecimientos con el castrismo ponían de manifiesto los aspectos más negativos del terror caribeño. Más tarde conocimos a Carlos Alberto Montaner, disidente del primer momento, en su temprana juventud y cuya amistad nos ha acompañado hasta hoy. Fueron también muy importantes el testimonio de Guillermo Cabrera Infante, así como el giro hecho público por Mario Vargas Llosa. La obra de Octavio Paz también fue importante. Más por sus ensayos, como *El ogro filantrópico*, que por su poesía y su modernismo optimista.

El comportamiento del socialismo español en el poder fue una lección práctica que nos fue ilustrando paso a paso sobre por qué había que abominar de él. Llegado al poder, Felipe González no tardó en trocar las ilusiones en motivos de decepción y lamento. El socialismo mutó ante nuestros ojos de partido de clase en sociedad limitada para la gestión del estado de bienestar y el enriquecimiento personal, potenciando los mecanismos de propaganda en detrimento de los ideológicos, limitados a negar la legitimidad democrática de sus rivales y capaz de aliarse con quien sea con tal de fagocitarlo, como estamos viendo. De todo ello fue dejando constancia en sus columnas, Federico Jiménez Losantos, que se convirtió en esos años en el comentarista